

JESUS GARCIA GUTIERREZ

Nació el 30 de diciembre de 1875 en Huixquilucan, Edo. de México, y murió en Mixcoac, D. F., el 3 de diciembre de 1958.

Presbítero, llegó a ocupar una Canongía en el Cabildo del Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe. Historiador fecundísimo, de cuya pluma salieron miles de trabajos, muchos de ellos de fuerte sentido polémico. Algunas de sus obras son las siguientes: *Historia de la imagen de la Virgen de los Dolores que se venera en la Parroquia de Acatzingo del Arzobispado de Puebla y de su culto* (1922); *Apuntamientos de Historia Eclesiástica Mexicana* (1922); *Ejemérides Guadalupanas* (1931); *Juicio crítico de la carta de D. Joaquín García Icazbalceta y fuentes históricas de la misma* (1931); *Primer siglo Guadalupeño. Documentación indígena y española 1531-1648* (1931); *Vida del Beato Padre Fr. Bartolomé Gutiérrez* (1932); *El primer oficio litúrgico de la Virgen María de Guadalupe* (1935); *La capilla votiva de la ciudad de México. Apuntes históricos* (1936); *Acción anticatólica en México* (1939); *Apuntamientos para una bibliografía crítica de historiadores guadalupeños* (1939); *Apuntes para la historia del origen y desenvolvimiento del Regio Patronato Indiano hasta 1857* (1941); *Bulario de la Iglesia Mexicana; Investigaciones históricas acerca del Dr. Sánchez de Muñón* (1919); *La poesía religiosa en México, siglos XVI a XIX* (1919); *Lecturas amenas de autores mejicanos coleccionadas* (1906); *La Iglesia mexicana en el Segundo Imperio* (1955); *Historia de México* (1946); *Historia de México. Periodo colonial* (1947); *Dictámenes sobre la excomunión del Cura Hidalgo*, en unión de José Bravo Ugarte y Juan B. Iguíniz (1953).

Colaboró en los siguientes periódicos y revistas: *El apostolado de la Cruz*, *El Tiempo Ilustrado*; *El Siglo XX*; *La Tribuna*; *La Voz de México*. Fue fundador de *Adelante*; *La Espiga de Oro* en Puebla y *La Rosa del Tepeyac*.

Le ha recordado con gran estimación Don José Bravo Ugarte en: "Jesús García Gutiérrez (1875-1958), *Revista de Historia de América*. No. 48, 1959 p. 619-620 y en "Jesús García Gutiérrez, periodista, catedrático e historiador crítico y de combate (1875-1958)" en *MAMH T XVIII*, No. 2, abril-junio 1959, p. 97-103; así como Juan B. Iguíniz, "Bodas de oro literarias" del Sr. Canónigo Jesús García Gutiérrez, en *MAMH*, T. VI, 1947, p. 90-95, quien recoge ahí buena parte de su producción.

Fuente: Jesús García Gutiérrez. *Apuntamientos de Historia Eclesiástica Mexicana*. México, Imprenta Victoria, S. A., 1922. 187 p. p. 76-85.

TRES SANTOS MEXICANOS

San Felipe de Jesús

Del cual no se sabe de cierto que haya nacido en la ciudad de Méjico, aunque es lo más probable, puesto que hace siglos que está la ciudad en tranquila y pacífica posesión de esta gloria; ni la fecha de su nacimiento, puesto que jamás se ha encontrado la fe de su bautismo y ya es casi seguro que no se encontrará.

Se sabe, empero, que nació por 1571 o 72, y que fueron sus padres don Alonso de las Casas y doña Antonia Martínez, ambos españoles, de buenas costumbres y de regular fortuna.

Es opinión fundada que en su primera juventud, se dedicó al aprendizaje de la platería, y es cierto que, sintiéndose llamado por Dios a la vida religiosa, a los 16 años de su edad pidió el hábito de franciscano descalzo y lo vistió en el convento de Santa Bárbara, de la ciudad de Puebla, donde tenía su noviciado la Provincia de San Diego de México.

Por entonces no perseveró en su santo propósito y dejando el hábito antes de la profesión, volvió al lado de sus padres, y poco tiempo después, de acuerdo con ellos, se embarcó en Acapulco con rumbo a Filipinas, con cuyo archipiélago hacía México un lucrativo comercio en grande escala.

En Manila llamó Dios por segunda vez a las puertas de su corazón; pidió y obtuvo el hábito de San Francisco y por fin hizo su profesión solemne en el convento de Santa María de los Angeles, el 20 de mayo de 1591.

Cuando sus padres supieron esto, pidieron al R.P. Comisario General, Fr. Pedro de Pila, que a la sazón se hallaba en Méjico, que les concediera el gusto de ver una vez más a su hijo, y como por entonces estaba vacante la sede de Manila y era de temerse que no pudiera el nuevo religioso recibir pronto los órdenes sagrados, quiso el Comisario general facilitar a Felipe su ordenación y cumplir el gusto a sus padres, y al efecto dispuso que fuera enviado a Méjico en la primera ocasión.

Llegada ésta, se embarcó nuestro santo en el galeón *San Felipe*, que salió del puerto de Cavite el 12 de julio de 1596, juntamente con los religiosos agustinos Juan Tamayo y Diego de Guevara, que iban para Roma, el dominico Martín de León y el franciscano Juan el Pobre, y ya en alta mar fueron sorprendidos por una de las terribles tempestades que no son.

raras en aquel archipiélago, y arrastrados a las costas inhospitatorias del Japón, que pudieron descubrir el 18 de octubre.

A vista ya del puerto vieron el galeón rodeado de multitud de naves tripuladas por japoneses, que no solamente no se les mostraron hostiles, sino que les ofrecieron franca hospitalidad, si bien con engaños guiaron el galeón con tal arte que lo hicieron encallar en un banco de arena, imposibilitándolo para escaparse.

No contentos con esto, el gobernador aconsejó a don Matías Landecho, capitán del buque, que enviara al emperador Taicosama una embajada con algunos regalos, a fin de captarse su benevolencia. El capitán nombró por sus embajadores a los oficiales de marina don Antonio Malaver y don Antonio Mercado y a los religiosos franciscanos Juan el Pobre y Felipe de Jesús, y dándoles un buen cargamento de telas de seda y buena suma de dinero, los envió a ver al emperador, explicarle las causas de su arribo forzoso y pedirle su licencia y ayuda para proseguir su viaje.

Los embajadores fueron recibidos con tal benevolencia que nuestro santo pudo hospedarse libremente en el convento de su orden que, con el título de Nuestra Señora de los Angeles, había fundado Fr. Pedro Bautista en la capital misma del imperio, pero el gobernador que había dado el consejo, escribió por su parte al emperador, diciéndole que la nave apresada estaba llena de armas, municiones y religiosos, y que su fin era el de dar algún golpe de mano a cualquier lugar del Japón que hallaran desprevenido, para agregarlo a la corona de España, como lo habían hecho con México, el Perú y las Filipinas, y esta pérfida añagaza dio por resultado enviar al gobernador de Meaco la orden de apresar a todos los religiosos franciscanos y jesuitas que hubiera en su distrito.

El 11 de diciembre de 1596 fue entregada al gobernador de Meaco una lista en la que constaban los nombres de los religiosos que debía poner en prisión, y aunque no estaba entre ellos nuestro Felipe, de manera que, si hubiera querido, le hubiera sido fácil y lícito salvar la vida, quiso, sin embargo, abrazar el partido de sus compañeros de hábito y de convento, y sabiendo como era regular que supiera, que les esperaban los tormentos y la muerte, libre y voluntariamente escogió el martirio.

El 3 de enero de 1597 fueron sacados los prisioneros y paseados por la ciudad, para que fuera pregonada la sentencia que los condenaba a morir en cruz, en calidad de reos de

alta traición, después de lo cual, por una costumbre vigente entonces, cortaron a cada uno la mitad de la oreja izquierda, y fueron vueltos a su prisión.

Al día siguiente fueron sacados de sus prisiones los que formaban el escuadrón de futuros mártires para ser llevados, caballeros en sendos jumentos, a Nagasaki, lugar destinado para la ejecución de la sentencia, a donde llegaron al cabo de treinta días de penoso caminar en lo crudo del invierno, que en el Japón suele ser rigoroso.

La muerte que debían sufrir era la de cruz, como acostumbraban aplicarla los japoneses, es a saber, en un palo vertical con dos travesaños horizontales, uno grande en la parte superior, para los brazos y otros menos grandes en la parte inferior, para los pies, más una espiga en el centro, donde ponían a horcadas al ajusticiado, que no era sujetado con clavos, sino con argollas, dos en las muñecas de las manos, dos en los tobillos de los pies y una en la garganta.

La cruz destinada a nuestro santo tenía equivocadas las medidas, y sucedió que al izarla con el cuerpo del mártir, sufrió éste en los brazos una dolorosa y extraordinaria tirantez: la piel de los tobillos se le enrolló hasta dejar ver los huesos y la argolla de la garganta le oprimió con tanta fuerza, que ya casi lo estrangulaba, obligándole a exclamar con voz ahogada: "¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!"

El juez de la ejecución se dio cuenta del riesgo que corría Felipe de Jesús de morir estrangulado, y para evitarlo mandó a sus verdugos que lo alancearan, y éstos, en cumplimiento de la orden recibida, le clavaron tres lanzas, una en cada costado y la tercera en el pecho. Era el cinco de febrero de 1597.

De las veintiséis víctimas en ese día inmoladas, Felipe de Jesús había sido el último en llegar al Japón, y quiso la Providencia Divina que fuera el primero en entrar en la gloria, tan justamente merecida.

Beato Bartolomé Gutiérrez

Aunque algunos biógrafos antiguos del Beato Bartolomé Gutiérrez dijeron que había nacido en Puebla, ya es un hecho fuera de toda duda que nació en la ciudad de México, y que fue bautizado en la Parroquia del Sagrario Metropolitano de dicha ciudad el 4 de septiembre de 1580. Nació en la casa que forma la esquina de las calles de Medinas y Santo Do-

mingo, y fueron sus padres Alonso Gutiérrez y Ana Rodríguez.

A los 16 años de su edad se sintió llamado por Dios al estado religioso, pidió el hábito de San Agustín y hecho su noviciado, profesó el 10. de junio de 1597.

Vivió en el colegio que tenía su orden en Yuririapúndaro, y después en Puebla, y, obtenida la licencia para ir a las Filipinas, con ánimo de pasar de allí al Japón, se embarcó en Acapulco el 22 de febrero de 1606 y al poco tiempo de llegado a Manila fue nombrado maestro de novicios, puesto delicado que desempeñó satisfactoriamente por espacio de seis años, hasta que en 1612 logró pasar al Japón, donde no pudo permanecer sino alrededor de dos años, pues un decreto del emperador que expulsaba de su imperio a todos los religiosos, lo obligó a regresar a Manila, donde fue nombrado por segunda vez maestro de novicios.

En 1617 los cristianos del Japón pidieron con tanta insistencia la vuelta del P. Bartolomé Gutiérrez, de quien conservaban gratísimos recuerdos, que los superiores consintieron en ello y el santo mártir se embarcó por segunda vez para el Japón en 1618.

Once años duraron en esta segunda vez los apostólicos trabajos del santo mártir, años de fatigas, intranquilidades y peligros, pues siendo los misioneros objeto de astuto espionaje, para cumplir con su deber les era forzoso disfrazarse cuidadosamente, valerse de mil ingeniosos ardidés para burlar la vigilancia y exponerse continuamente al peligro de ser descubiertos y encarcelados.

El 10 de noviembre de 1629 fue descubierto el santo misionero por la traición de unos apóstatas, y llevado a las cárceles de Nagasaki, que eran unas jaulas estrechas y por todo extremo incómodas, donde poco después tuvo por compañero de prisión a los santos mártires Antonio Pinto, jesuita japonés; Francisco de Jesús y Vicente Carvallo, agustinos descalzos.

Dos años estuvieron en esas horribles prisiones, y la caridad les hizo ingeniarse de manera que no solamente pudieran celebrar el sacrificio de la misa casi diariamente, sino catequizar a sus carceleros y bautizar a algunos que lograron convertir.

Al cabo de los dos años, en noviembre de 1631, fueron condenados al espantoso suplicio de los baños de Ungen, montaña donde brotan en muchas partes fuentes de aguas fétidas e hirvientes, con que bañaban lentamente a los santos mártires dos veces cada día, por espacio de treinta días, de manera que ya sus cuerpos no eran sino una sola llaga viva.

No habiendo logrado tampoco por este medio vencer su heroica constancia, fueron vueltos a sus jaulas de Nagasaki, donde estuvo nuestro Bartolomé hasta que terminó su vida en el suplicio de la hoguera.

Los condenados a este suplicio eran atados a unos postes pequeños y con ligaduras débiles y flojas, con el fin de que tuvieran facilidad de escaparse del suplicio o dar alguna muestra de debilidad que pudiera ser interpretada por apostasía, y para hacer más duro el suplicio, solían poner la leña húmeda y un poco retirada del cuerpo del mártir, encima del cual ponían una bóveda de ramas, para que se condensara el humo y le hiciera sufrir más.

Este tormento, que solía durar dos y tres horas, fue el que sufrió el B. Bartolomé Gutiérrez el día 3 de septiembre de 1632.

Beato Sebastián de Aparicio

Nació en Gudiña, aldea del reino de Galicia en España, en enero de 1502, y fueron sus padres Juan de Aparicio y Teresa de Prado, virtuosos labradores.

En 1533 determinó pasar a las Indias, y habiendo desembarcado en Veracruz, fijó su residencia en Puebla, donde se dedicó a la agricultura.

Algún tiempo después se consagró al acarreo de mercancías primero entre Puebla y Veracruz, más tarde entre Veracruz y México y finalmente de México a Zacatecas. Aún quedan como recuerdos suyos de aquel tiempo las carretas tiradas por bueyes, cuyo uso se dice que él introdujo, y el camino de México a Zacatecas, que él abrió por primera vez. Véase con cuanta razón dice un biógrafo suyo que bien merece una estatua, en cuyo pedestal se grave este verso:

Semper honos, momenque tuum, laudesque manebunt.

Cansado de esta vida y dueño de algún capital compró un rancho entre Atzacapotzalco y Tlalnepantla, y se dedicó una vez más a la agricultura.

Ya en esa edad avanzada se casó dos veces con sendas doncellas, con las que vivió en perfecta castidad, pues las desposó con el solo fin de ampararlas y socorrer a sus padres.

En 1572 y cuando contaba 70 años de edad, estando convalesciente de una enfermedad que lo orilló a la muerte, determinó dejar todos sus bienes para servir más libremente a Dios, y al efecto, con fecha 20 de diciembre cedió sus propie-

dades, que estaban valuadas en \$18,000.00 a las religiosas de Santa Clara de México, y se dedicó a servir las en calidad de criado.

Algunos meses después pidió el hábito de lego en el convento de San Francisco; lo recibió en 9 de junio de 1573, al año siguiente hizo su profesión religiosa, y desde luego fue destinado al convento de Tecali, de la diócesis de Puebla, y más tarde al de esta misma ciudad, donde pasó los últimos días de su vida consagrado a recoger en dos carretas limosnas para el convento por todos los pueblos de aquellos alrededores.

El 25 de febrero de 1600 entregó su hermosa alma a Dios tendido en el desnudo suelo y después de recibidos los santos sacramentos.

En vida y después de muerto obró muchos milagros, que fueron debidamente probados, por lo cual la Santidad de Pío VI expidió el decreto de su beatificación.

Su cuerpo se conserva todavía en una capilla del templo de San Francisco, de Puebla.